

Gianni Solla

EL LADRÓN DE CUADERNOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GIANNI SOLLA
EL LADRÓN DE CUADERNOS

Traducción de Maria Borri

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Il ladro di quaderni*

1.ª edición: noviembre de 2024

© Einaudi Editore, Turín, 2023

Publicado por acuerdo con Gianni Solla, conjuntamente con su agente, Alferj e Prestia, y con su coagente, The Ella Sher Literary Agency

© de la traducción: Maria Borri, 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-537-4

Depósito legal: B. 15.811-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Primera parte

El porquero 11

Segunda parte

El hondo seno del océano 165

Tercera parte

La bailarina en la caja de hojalata 247

Tora e Piccilli (Caserta), 1942

En Tora todo el mundo me conocía como «el porquero», único hijo varón de Tommaso Raffaele Fortunato Buonasorte, llamado Fortunà, analfabeto, flojo de pulmones, buscador de setas, propietario de quince cerdos e inscrito en el partido fascista de la circunscripción de Caserta.

Éramos gente acostumbrada al campo, lo sabíamos todo de la tierra y las bestias, pero nada de los humanos. Mi padre decía que ir al colegio no era de ningún provecho: si juntas un cerdo con otro, la suma son dos cerdos, y a partir de ahí lo demás es pan comido.

—Si sabes cómo funcionan las cosas pequeñas, comprendes las grandes —decía mientras amasaba harina y salvado en unos baldes de hierro para darles de comer a los animales que esperaban impacientes.

—Sí —contestaba yo, aunque no fuera verdad, porque en el pueblo nadie tenía más de cuarenta cerdos o cuarenta cabras, y uno no podía imaginarse el mundo entero sólo sabiendo que si juntas un cerdo con otro vas a tener dos cerdos.

Nuestro apellido es Buonasorte, que es tanto como decir que la fortuna nos acompaña. Los viejos que se pasaban el

día entero sentados en la plaza del pueblo decían que las palabras contienen la verdad y también todo lo contrario. Si repasamos la historia de mi familia, empezando por mis abuelos paternos, que trabajaban en la cantera de Maddaloni y murieron a consecuencia de la explosión de diciembre, y acabando por mí, que nací con la pierna derecha perjudicada, no es difícil interpretar por dónde anda el significado de nuestro apellido.

Los cerdos los vendíamos en el mercado o morían a manos de mi padre en el patio frente al establo. Yo sabía quiénes eran los padres y los hermanos de cada uno de ellos. Podía retroceder hasta cinco años y recomponer las dos familias principales de las que procedían. Cada bestia legaba algo a sus hijos, a excepción del *Negro*, que parecía haber nacido de los robles del bosque. Una vez llegué a soñar que la madera se abría y el viejo roble soltaba gemidos igual que las vacas. El *Negro* era salvaje, violento, imposible de domesticar. Era el animal más peligroso del pueblo y mi padre se moría de ganas de venderlo o sacrificarlo. Era el único que me daba miedo y el único al que me hubiera gustado parecerme.

Ese día, mi padre llegó al establo sobre las once de la mañana. Venía del pueblo, adonde había ido a comprar los medicamentos para mi hermana Rosetta, que se había pasado la noche tosiendo. Yo la oía desde el otro lado de la pared, y la pobre parecía tener una caverna en el pecho. Mi madre no paraba de decirle: «Se te va a pasar, ya se te pasa», pero seguía igual.

Era el segundo año consecutivo que Rosetta pillaba una bronquitis y decían que en Nápoles ya habían muerto veinte

niños por culpa de la tosferina. Mi madre había colocado la estampa de la Virgen de Pompeya en el pecho de Rosetta y nos pidió que nos persignáramos. Mi padre se quedó esperando unos diez minutos para saber si gracias a la intercepción de la Virgen podríamos ahorrarnos la minuta del doctor Scognamiglio, pero finalmente, a las tres de la madrugada, se fue al pueblo.

—Ya se te pasa, ya, Rosetta. No te agobies, hija, que ahora va a venir el médico y nos dirá qué tienes que tomar, y si él no sabe, la Virgen nos va a echar una mano.

El doctor Scognamiglio echó a un lado la estampa de la Virgen de Pompeya, que mi madre había colocado mientras tanto debajo de la camisola de Rosetta, y le pidió que abriera la boca. Luego fue palpando los huesos de los brazos. Yo me había fijado en la mirada del médico al entrar en casa, y la misma expresión se le dibujó en la cara después de examinar la garganta de mi hermana.

Acabada la visita, entregó una receta a mi padre con el nombre del medicamento que había que comprar. Mi padre había intentado leer la nota, tropezando con las letras y soltando balbuceos. Luego se la pasó a mi madre.

En un momento de tregua entre los ataques de tos, sólo Rosetta había conseguido leer en voz alta qué ponía en el papel.

—¡Eso es! —exclamó el médico, aunque para sus adentros debía de estar pensando que la única de la familia capaz de repetir el nombre de un medicamento podría morir esa misma noche—. No hace falta que lo lean ustedes. Vayan a ver al farmacéutico y le entregan la receta —les comentó el médico a mis padres mientras volvía a guardar en su maletín de piel el tubo que sirve para escuchar el corazón.

En cuanto Scognamiglio estuvo algo más allá del árbol de dos copas que había crecido justo frente a la puerta de nues-

tra casa, mi padre y mi madre abrieron el cajón para contar el dinero. Me fui a la cama con la imagen de los billetes grabada en la cabeza y sin saber si volvería a ver a mi hermana viva al día siguiente.

—¿El agua para las bestias? —me preguntó mi padre en cuanto volvió del pueblo.

—La he cambiado.

Dirigió la mirada a los abrevaderos.

—¿A eso le llamas tú cambiar?

Se refería a un charco rodeado de moscas.

Bajé la mirada.

—Esto es lo primero que tienes que hacer. No puedes olvidarte. Si se mueren las bestias, nos morimos nosotros.

Al principio parecía calmado, pero luego le dio una patada al balde, que volcó y se derramó el agua que había en el fondo. La mancha se expandió por el suelo y el minúsculo riachuelo que se formó vino directo a mis pies.

Hubiera preferido que por una vez en la vida me pegara, como lo hacía con los cerdos, para darme a entender que valía lo mismo que ellos.

—Mueve el culo. Ponles agua a las bestias.

Los animales habían detectado algo y el *Negro* empezó a alterarse. Mi padre me agarró por el cuello de la camisa y me obligó a levantar la cabeza porque quería que lo mirara de frente.

—Estos cerdos valen más que tú y yo juntos. Si vuelves a hacerlo, me la vas a pagar.

Tenía razón.

En ese preciso momento, el *Negro* cogió carrerilla y dio un golpe a los tablones del cercado con su musculosa cabeza

de animal salvaje. Mi padre me soltó y dio un paso atrás. El golpe fue violento: la madera se dobló y algunas esquivras se le quedaron metidas en el morro. Si los cerdos llegasen a tener una dentadura más potente, tendríamos que temerlos más que a los lobos.

—Ese hijo de la gran puta se ha vuelto loco —dijo mi padre.

El *Negro* me había defendido.

Mi padre cogió el rastrillo y se fue hacia el cercado.

—Infame, bastardo —gritaba dándole golpes en el lomo. Pensé que lo mataría a bastonazos.

—Para ya —grité yo.

El *Negro* se refugió en el rincón más resguardado. Mi padre no se atrevía a entrar en su cercado porque el animal podía ponerte patas arriba con un simple cabezazo.

—Voy a rajarte, a la próxima te toca a ti —seguía gritando mi padre en un dialecto que aunaba a los vivos y los muertos en nuestro pueblo, una peculiar manera de hablar que desde los siglos de los siglos compartían hombres y animales.

—Enseguida me ocupo del agua —dije—. No volveré a hacerlo, ha sido culpa mía.

Los bastonazos iban destinados a mí, pero él había encontrado la manera de que me dolieran aún más.

Mi padre tenía ciertas aspiraciones. Yo era su único hijo varón y creía que, conmigo a su lado, podría llevar adelante los modestos planes de negocio que había imaginado. Sin embargo, mis condiciones físicas y el escaso interés que mostraba por las actividades económicas no se correspondían con sus expectativas, y el chico que andaba por el pueblo arrastrando una pierna se había convertido en un motivo de vergüenza para él. La pierna perjudicada le había condenado más a él que a mí. Cabe que por esa razón mira-

ra una y otra vez sin hacer comentarios las fotos de los chavales recién alistados que aparecían en el periódico.

Fortunà tenía una manera muy suya de quedarse callado, aguantándose la barbilla con una mano y dándoles vueltas a las cosas, como si le tuviera pánico al vacío. En el pueblo lo consideraban un hombre de bien, pero en casa temíamos sus cabreos. Cuando no era yo, la que cobraba era mi madre. Nunca llegué a saber qué le había llevado a creer con tanta firmeza en el fascismo.

Para llenar los abrevaderos hacían falta nueve baldes de agua en total, dieciocho si ponías la mitad y treinta y seis si llenabas el balde con un cuarto de agua. Había puesto las marcas en el metal con un cuchillo. Si el agua llegaba siempre al nivel de la marca más alta, sabía exactamente cuántas veces tendría que ir a la fuente. Cuando los abrevaderos estuvieron medio llenos, los animales se asomaron para beber. Cuanto más bebían ellos, más razón tenía mi padre. Sólo el *Negro* no quiso darle ese gusto. Era el cabecilla: bebería el último y sólo cuando mi padre se hubiera ido.

—Oye, escúchame bien —me dijo—. Llegarán dentro de unos días y tenemos que estar ojo avizor.

—¿Quién va a llegar?

—¿No te lo ha dicho nadie?

Negué con un gesto de la cabeza.

Recogió del suelo una ramita y la movió en el aire como si estuviera dibujando algo.

—No es una buena idea que los hagan venir aquí.

—¿De quién hablas? —insistí.

Me hacía el tonto, pero había oído a los viejos comentarlo en la plaza, cuchicheando como de costumbre a propósi-

to de todo lo que en teoría había que callar. Estaban convencidos de que aquello no traería nada bueno y seguían preguntándose por qué nos había tocado justo a nosotros. De alguna manera debían de barruntar que el hecho malbarataría la vida de todos. Se decía que había llegado de Roma una lista con los nombres, escrita por Mussolini en persona, pero en el pueblo casi nadie sabía leer y no quedaba claro qué había escrito Mussolini en la dichosa lista. Los mejor informados decían que el papel lo guardaba el alcalde en un cajón de su despacho, doblado en cuatro y sellado con lacre, como todos los documentos secretos.

—No pueden enviarlos a la guerra y no quieren verlos circular por ahí —dijo mi padre—, y por eso nos los envían aquí, como si lo nuestro no fuera también parte de Italia. Lo comentaré en la próxima reunión. Si meten a uno en mi casa, lo pongo a dormir y a comer con los cerdos.

Los baldes llenos hasta la marca más alta pesaban mucho. Intenté no desperdiciar ni una gota de agua durante el trayecto, aunque la presencia de mi padre me ponía nervioso. Seguía sintiendo en mi propia piel los bastonazos destinados al *Negro*.

—Al primer fallo, los despiezo y los vendo en el mercado —dijo, y yo no acabé de entender si se refería a los cerdos o a los judíos que dentro de pocos días llegarían a Tora e Piccilli.

Con ocasión de las fiestas del pueblo vinieron los actores. Eran unos cantamañanas que actuaban en lugares dejados de la mano de Dios como Tora, pero nosotros no lo sabíamos: los escuchábamos y nos reíamos a carcajada limpia. Éramos un público fácil de contentar, no hacía falta mucho para entretenernos, bastaba con que nos contaran el chiste del hombre con muchos tics que suelta un silbido cada dos palabras para que los actores dieran por bueno su espectáculo. Entre el público había gente que venía de Civitella, de Tuoro, e incluso los parientes de mi madre que venían de Sessa Aurunca. Aquella noche hacía frío y la tía Tina llevaba un jersey ligero de algodón porque era la prenda que mejor conservaba y quería lucirse. Mi padre Fortunà soltó:

—Ésta, capaz que le dé un mal aire y nos fastidie la velada.

Ninguno de los presentes llevaba la alianza puesta, porque años atrás la habían entregado durante la campaña «Oro para la Patria». Sigo pensando que el verdadero objetivo de aquella petición no era tanto el de recuperar un metal precioso, sino el de convencer a cada italiano de que estaba casado con el fascismo.

El viento movía las banderolas. El alcalde subió al escenario, hizo el saludo romano y todo el mundo lo imitó.

Yo nunca había oído hablar a Mussolini. Intenté repro-

ducir su voz guiándome por la foto que colgaba de la pared en la cocina. Fortunà la había recortado de un periódico y colocado al lado de la estampa del Sagrado Corazón de Jesús de manera que, cuando se persignaba por la mañana, no quedaba claro a quién iba destinada su devoción. A Mussolini se le veía en un campo, a pecho descubierto, con la barriga floja y un sombrero blanco en la cabeza, apilando trigo; en cambio, el rostro sagrado de Jesús nos miraba haciendo gala de sus ojos azules y pelo rubio, parecidos a los de los militares alemanes que de vez en cuando se acercaban al pueblo.

El alcalde hablaba pausadamente, espaciando las frases. Soltaba una y luego se quedaba callado. Decían que se expresaba igual que Mussolini. Entre la gente, los había que hacían el saludo romano, otros que gritaban «Viva el Duce». Se comentaba que entre el público había jerarcas venidos expresamente para señalar a los que no aplaudían.

A mí lo que me importaba eran los actores. Ya los había visto el año anterior y aún me sabía de memoria algunos chistes. Con sólo mirarlos y ver cómo iban vestidos, te morías de la risa. Había un hombre con ropa de mujer, una falda, las tetas de mentira, carmín en los labios y un sombrero diminuto con una flor en la punta. Mientras hablaba, de vez en cuando se levantaba la falda, y aunque no enseñara nada, nosotros soltábamos unas buenas carcajadas. No nos podíamos aguantar: notabas cómo la risa se abría camino desde un rincón de la barriga y ya no eras dueño de tu cuerpo. Las mujeres se sonrojaban riendo. Incluso el cura disfrutaba del espectáculo desde la primera fila, tapándose la cara con una mano por prudencia, pero dejando el espacio suficiente entre los dedos para no perderse detalle.

Comprendí que los actores resultaban divertidos porque decían la verdad. Contaban cosas que todos sabían y nadie

se atrevía a decir en voz alta. Para eso estaban ellos, para soltarlas delante de todo el mundo. Yo me reía al ver que los demás hombres lo hacían.

Al rato se subió al escenario uno que llevaba un uniforme militar. Parecía andar perdido y preguntaba a diestro y siniestro qué camino seguir para ir a la guerra.

—¿Alguien ha visto pasar un batallón? Yo no tengo prisa ninguna e igual me quedo aquí. Así me recogen a la vuelta y me cuentan qué tal ha ido.

Al uniforme que llevaba le sobraban dos tallas, y cuando levantaba los brazos, las manos le quedaban completamente tapadas. Era su rostro triste lo que movía a risa. Su peculiar desgracia resultaba divertida. Me gustaba más que el resto de los actores.

Al día siguiente repetí en el chiquero algunos *sketches* que recordaba. Había ido recitando las frases en voz alta mientras regresaba a casa y las guardé en mi cabeza toda la noche, pero, aunque las palabras fueran las mismas, no daban resultado. Intenté improvisar un chiste sobre una mujer que llevaba puesto un jersey ligero a pesar del frío.

—¡Miradme! —solté en voz alta.

Acto seguido, los cerdos se dieron media vuelta y me miraron. Al ver sus ojos fijos en mí, no pude seguir hablando.

Estaba actuando frente a mi primer público.

Había sido Teresa quien me explicó el significado de la palabra «geografía» durante una de nuestras tardes juntos, pero cuando un día le dije: «Ésta es la geografía de mi familia», ella me contestó que no podía usarse de esa manera.

Me imaginaba a mi padre como la zanja llena de cal que había en los lindes del bosque, a mi hermana como la pe-

queña iglesia abandonada donde se decía que deambulaba el alma del viejo cura muerto, al *Negro* como el roble enorme que daba tanto miedo que ni los pájaros se atrevían a anidar ahí.

Rosetta iba a primaria y le daba clase el maestro Anastasi, el único profesor en Tora e Piccilli. Yo le pedía que me enseñara cómo se escribía una palabra. A veces ella me decía que no lo sabía, y cuando le daba la gana me la mostraba escribiéndola en el aire con el dedo. Yo seguía el movimiento, me la imaginaba puesta en un papel.

Fortunà asistía a la conversación sin intervenir, o diciéndome que tenía que dejar de preguntar siempre las mismas cosas. Cogía un pedazo de pan con las manos y lo masticaba haciendo mucho ruido. En la cocina se oían sólo sus dientes y el ir y venir de mi madre que preparaba la comida, cortando en pedazos muy menudos las cebollas y las zanahorias.

Al principio, los nombres de los cerdos se limitaban a las letras que conocía. *Gaba*, *Eba*, y otros parecidos. A los que llegaron más tarde, les había puesto nombres que no sabía cómo se escribían: el *Grande*, la *Mancha*, el *Malo*, el *Negro*. Eran apodos que la mismísima naturaleza había elegido para ellos.

Mi padre decía que era un error darle un nombre a un animal que luego vas a vender o sacrificar, pero yo no estaba de acuerdo.

No podía usar los cuadernos de Rosetta para aprender a escribir y no tenía más remedio que robarlos cuando iba al mercado. Aunque no me sentía realmente en falta, nunca llegué a contárselo a nadie, ni siquiera a Teresa.

Don Aniello Panzer venía de Nápoles y colocaba la furgoneta al final de la explanada, cerca del muro blanco lleno de grietas donde se escondían las lagartijas. Llegaba el primero

por la mañana, abría las puertas abatibles delantera y lateral y, en cuanto empezaba a asomar gente, soltaba su cantilena como si entonara una oración, promocionando su mercancía. Una serie de palabras que se repetían siempre en el mismo orden. Seguramente se sabía la canción de memoria y es posible que en la furgoneta no hubiera todo lo que él ofrecía. Lo que sí podía encontrarse era: detergente, palos de escoba, paraguas, camisolas, calcetines de algodón y de lana, calzoncillos para los hombres, pinzas con el mango de goma y otras que tenían forma de pico de loro, alicates, arpillera para las tuberías, muelles, clavos, velas, cerillas y otros cacharros que llevaban ahí años y nadie había querido. Según él, toda la mercancía venía de Alemania, y de ahí que le llamaran Panzer.

—Aniello, ¿quieres darle un tiento a este queso de Agerola que he traído? Éste también viene de Alemania —le decía en ton de chanza don Michele, que venía de Nocera con la furgoneta cargada de quesos y embutidos. Muy amable él, ofrecía olivas a todos los que iban pasando.

—Qué vais a saber vosotros, que vivís en estos pueblos dejados de la mano de Dios. Yo me tomo la molestia de venir hasta aquí, y hay que ver cómo me lo agradecéis —replicaba Panzer—. Los alemanes pertenecen a otra civilización: lo que fabrican funciona, nada que ver con los italianos y los napolitanos.

Lo único que me interesaba de lo que traía don Aniello Panzer en su furgoneta era la mercancía expuesta en el mostrador lateral, el lugar que le resultaba más difícil de vigilar. Ahí estaban las cajas con los lápices negros y los de colores, los cartabones para el dibujo técnico, los compases de metal y de madera, unos pequeños devocionarios con un ángel custodio grabado en la cubierta. Yo buscaba los cuadernos. Dispuestos en tres pilas, los había de hojas rayadas, blancas

y cuadriculadas. Cuando don Aniello Panzer se entretenía hablando con una señora a propósito del ajuar para la hija casadera, yo birlaba un cuaderno. Metía la barriga y lo deslizaba por la cintura. La tapa de cartón se pegaba a la piel y una vez en casa había que despegarla con cuidado, como la gasa empapada en alcohol que se adhiere a la costra y al final no sabes si es peor el remedio que la enfermedad. Quedaba la huella de un rectángulo con el contorno rojo de la misma dimensión que el cuaderno.

Lo primero que hacía era olerlos. El aroma del papel sin estrenar me recordaba un lugar del bosque donde el viento llevaba los aromas de la hierba y de las setas. Teresa me había dicho que el papel se producía gracias a los árboles, y a mí me parecía reconocer en ese olor cada uno de los troncos con los que me había topado. Encerrado en el chiquero, hacía como que escribía. Dibujaba palotes, redondeles, líneas quebradas, también las letras que ya conocía, y finalmente lo mezclaba todo creando lo que podía considerarse una forma de escritura. No sabía escribir, pero me había inventado una lengua. Cuando todas las páginas del cuaderno ya estaban atiborradas de garabatos, lo quemaba en un cubo con unas ramas que recogía en el bosque. Luego me iba a buscar otro cuaderno que tenía escondido en el relleno del colchón y volvía a empezar.